"Tinieblas" de Elías Castelnuovo

por Julio R. Barcos

Elías Castelnuovo tiene el mérito de ser antes que un obrero del intelecto, un trabajador manual, y un hombre que se ha forjado a sí mismo. La misma mano que empuñó la pluma para escribir las cuartillas de este libro, fué también quien las compuso y corrigió en el teclado de la linotipo. No es, pues, como el resto de los escritores-maestros, inclusive el prologuista, un intelectual con manos neutras de parásito, ineptas para todo lo que no sea trasudar tinta.

Ojalá la literatura no sea un alcalde que envenene poco a poco el bello espíritu de este muchacho, haciéndole despreciar el ambiente obrero en que se forjó. Hay en él cualidades nobilísimas de carácter y prendas valiosas de positivo talento que no tardarán en destacarlo en nuestro mundo literario como un tipo de escritor realmente original y novedoso, destinado a ser muy discutido por la crítica y por el público, pero no condenado, jamás, al osario común de los fracasados.

A Castelnuovo, como a Gorky, lo ha forjado el dolor sobre el vunque de la miseria. Es un admirable muchacho que ha cruzado desde niño senderos de orfandad, azotado por tumbos y borrascas; que ha vivido una vida tormentosa de penurias; que ha vagado por las campañas de Uruguay, el Brasil y la Argentina, condenado voluntariamente al amargo turismo del galeote; esto es, a ganarse el pan penosamente con su trabajo allí donde llegaba y que no obstante todo ello, ha salvado ileso su espléndido corazón de niño. Al final de tan malas jornadas llega a nosotros con la imaginación poblada de fantasmagorías, donde él mismo no distingue lo real de lo inverosímil, y con los ojos abiertos por la sorpresa, se dispone a narrarnos lo que ha visto y vivido en el largo camino de su atormentada juventud. Desde que toma la palabra se adueña de nuestra curiosidad, interesándonos vivamente, por el candor o el cinismo, la jovialidad o la amargura, la risa o la mueca — según sea: sabe a ciencia cierta si está ante un histrión burlesco o un actor trágico — con que va a contarle al público las cosas que nadie confiesa a los demás en voz alta.

¿Quereis saber como fue su infancia y quienes los encargados de educarlo?

Oíd lo: "Hubo dos brutos fenomenales en mi familia: mi padre y mi cuñado. A pesar de ser ambos analfabetos, en una época no muy lejana, se disputaron a viva fuerza mi educación. Uno, después de haberme hecho la crisma, aseguraba que me iba a deshacer la crisma, mientras el otro, más modesto, se proponía sencillamente "domarme". Una vez iniciada la lectura de una narración como ésta, ya a nadie se le caen los papeles de la mano: el lector ha sido agarrado por la tentación de seguir leyendo hasta el fin. El escritor ha realizado, entonces, su objeto artístico, aun cuando sean diametralmente opuestas las opiniones que sugiera esta desusada sinceridad con que se produce el biografiar personajes de su familia.

Eduardo, como se ve, en el crudo realismo de la vida, cuya fea cara con todos sus horribles visajes conoce bien, cuyas puntudas aristas no solamente han desgarrado su carne, porque ha sufrido, sino que éstas han dejado también a menudo en llaga viva su alma, este muchacho ha sido discípulo y maestro de sí mismo.

En efecto, quien lea estos cuentos se encontrará con un escritor que no tiene el menor parentesco espiritual con ninguno de los literatos del país. Mas bién se le encontrará similitudes con los maestros de la literatura rusa, de los cuales ha tomado, indudablemente. De ellos se le ha contagiado un poco el extremoso análisis psíquico del individuo; el afán de escudriñar los vericuetos obscuros del alma humana, donde la conciencia moral vive trabada en lucha silenciosa a brazo partido con los pedestales que nosotros llevamos en el fondo ancestral de nuestro ser.

Leyendo estas cuatro narraciones, nadie que no conozca el autor, creerá que lee a un muchacho joven, nacido en estas tierras de América llenas de luz. Es un pesimista del dolor que, al través de los otros poetas a quienes deslumbra el esplendor de las gentes del gran mundo, se ha enamorado de la abyección y la miseria, el desamparo y el trágico vivir cotidiano de los ex-hombres y las ex-mujeres que yacen bajo los pies de los peñas de la sociedad del siglo XX que aún bautiza sus hijos en nombre de Cristo. Como Dante, él nos pinta mejor los círculos del infierno de nuestra existencia social contemporánea que los resplandores ideales del paraíso. Desde el comienzo de su libro nos coge de la mano y nos conduce, hasta terminado, a través de una negra selva obscura donde de rara vez alumbra nuestros pasos el fulgor de una estrella o el relámpago de una esperanza.

Como Clara, el personaje simbólicamente frío y despiadado de Octavio Mirbeau, él también nos introduce en el jardín de los suplicios inventado por nuestra admirable sociedad cristiana para demostrar cuán bien entiende ella el "ama a tu prójimo como a ti mismo". Y sacándonos del mundo de la gente honrada, o sea, de nuestros pensamientos, hábitos y sentimientos de personas convencionalmente honestas, nos obliga a alternar con esos miserables andrajos de humanidad que hemos arrojado todos a puntapiés, con la pata de la ley, del estiércol de la Moral al estercolero del presidio, al lupanar o la ergástula forzosa del trabajo esclavo.

Castelnuovo es el único escritor entre nosotros que nos va a narrar con un intenso naturalismo artístico el drama de la pasión de los Cristos negros y hediondos que todos hemos crucificado en nombre de una mentira o otra. Esta es la virtud y el defecto de nuestro novel autor. Elías Castelnuovo no idealiza, no embellece, no se propone pintarnos de azul la vida. No pone una sola pincelada de luz ni siquiera cuando habla del amor, del cual toma su lado diabólico con la imaginación exaltada y atormentada por la perversidad sexual, exacerbado hasta la monstruosidad y la tragedia, como ocurre en su cuento titulado "Tinieblas": tal un aquelarre de brujas y sátiros donde se perpetraran las más aberrantes violaciones.

Lo peor de todo es que el autor parece divertirse con el irónico, con el sacrílego placer de un demonio que tuera poniendo en manos de los enamorados de Verlaine, de los poetas del Uruguay, el Brasil y la Argentina, condenado voluntariamente al amargo turismo del galeote; esto es, a ganarse el pan penosamente con su trabajo allí donde llegaba y que no obstante todo ello, ha salvado ileso su espléndido corazón de niño. Al final de tan malas jornadas llega a nosotros con la imaginación poblada de fantasmagorías, donde él mismo no distingue lo real de lo inverosímil, y con los ojos abiertos por la sorpresa, se dispone a narrarnos lo que ha visto y vivido en el largo camino de su atormentada juventud. Desde que toma la palabra se adueña de nuestra curiosidad, interesándonos vivamente, por el candor o el cinismo, la jovialidad o la amargura, la risa o la mueca — según sea: sabe a ciencia cierta si está ante un histrión burlesco o un actor trágico — con que va a contarle al público las cosas que nadie confiesa a los demás en voz alta.

¿Quereis saber como fue su infancia y quienes los encargados de educarlo?

Oíd lo: "Hubo dos brutos fenomenales en mi familia: mi padre y mi cuñado. A pesar de ser ambos analfabetos, en una época no muy lejana, se disputaron a viva fuerza mi educación. Uno, después de haberme hecho la crisma, aseguraba que me iba a deshacer la crisma, mientras el otro, más modesto, se proponía sencillamente "domarme". Una vez iniciada la lectura de una narración como ésta, ya a nadie se le caen los papeles de la mano: el lector ha sido agarrado por la tentación de seguir leyendo hasta el fin. El escritor ha realizado, entonces, su objeto artístico, aun cuando sean diametralmente opuestas las opiniones que sugiera esta desusada sinceridad con que se produce el biografiar personajes de su familia.

Eduardo, como se ve, en el crudo realismo de la vida, cuya fea cara con todos sus horribles visajes conoce bien, cuyas puntudas aristas no solamente han desgarrado su carne, porque ha sufrido, sino que éstas han dejado también a menudo en llaga viva su alma, este muchacho ha sido discípulo y maestro de sí mismo.

En efecto, quien lea estos cuentos se encontrará con un escritor que no tiene el menor parentesco espiritual con ninguno de los literatos del país. Mas bién se le encontrará similitudes con los maestros de la literatura rusa, de los cuales ha tomado, indudablemente. De ellos se le ha contagiado un poco el extremoso análisis psíquico del individuo; el afán de escudriñar los vericuetos obscuros del alma humana, donde la conciencia moral vive trabada en lucha silenciosa a brazo partido con los pedestales que nosotros llevamos en el fondo ancestral de nuestro ser.

Leyendo estas cuatro narraciones, nadie que no conozca el autor, creerá que lee a un muchacho joven, nacido en estas tierras de América llenas de luz. Es un pesimista del dolor que, al través de los otros poetas a quienes deslumbra el esplendor de las gentes del gran mundo, se ha enamorado de la abyección y la miseria, el desamparo y el trágico vivir cotidiano de los ex-hombres y las ex-mujeres que yacen bajo los pies de las peñas de la sociedad del siglo XX que aún bautiza sus hijos en nombre de Cristo. Como Dante, él nos pinta mejor los círculos del infierno de nuestra existencia social contemporánea que los resplandores ideales del paraíso. Desde el comienzo de su libro nos coge de la mano y nos conduce, hasta terminado, a través de una negra selva obscura donde de rara vez alumbra nuestros pasos el fulgor de una estrella o el relámpago de una esperanza.

Como Clara, el personaje simbólicamente frío y despiadado de Octavio Mirbeau, él también nos introduce en el jardín de los suplicios inventado por nuestra admirable sociedad cristiana para demostrar cuán bien entiende ella el "ama a tu prójimo como a ti mismo". Y sacándonos del mundo de la gente honrada, o sea, de nuestros pensamientos, hábitos y sentimientos de personas convencionalmente honestas,

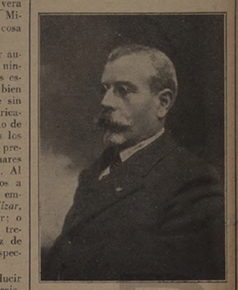
EN MEMORIA DE AGUSTIN ALVAREZ

El 15 de febrero de 1921 se han cumplido diez años desde que dejó de existir este escritor y educador argentino que dejara tan honda huella de su labor intelectual, celosamente reimpresa por la casa editora "La Cultura Argentina".

Con motivo de la fecha evocada por la prensa diaria y por el Centro "Agustín Alvarez", concurrieron un núcleo de discípulos y admiradores al peristilo de la Recoleta desde donde se encaminaron al sepulcro que guarda los quereres despojos, usando de la palabra Pedro A. Torres, en nombre de la citada asociación que preside don Juan D'Andrea. He aquí sus palabras: "Señores:

Diez años han transcurrido del día infausto en que el doctor Agustín Alvarez bajara a la tumba sombríamente dolorosamente a la intelectualidad argentina que aun lamenta pérdida tan sensible.

Aunque es verdad que vivimos vertiginosamente y son tantos los sucesos de todo orden que nos separan entre el año 1914 y el actual se imposible desconocer que su pluma intencionada y segura como el bisturí en hábiles manos, su criterio analista y claro como el sol en hora meridiana de un día estival, allá en Mendoza, la fecunda tierra de su nacimiento, nos había desparado páginas magistrales estudiando



AGUSTIN ALVAREZ

nuestra actualidad preñada de anacronismos y absurdos en lo político, como en lo social. ¡Mas si aquel espíritu de observador original y cáustico, que eso no obstante no hería porque estaba impregnado de sinceridad y de nobleza! Su inmensa fe en el destino del hombre y singularmente en el que espera a la República, era como una grande y avasalladora ola de optimismo que ascendía desde la escuela primaria y llegaba a la Universidad y a las altas cumbres gobernantes.

Joaquín González que acaba de morir y que penetró en lo profundo de la contestura moral de Alvarez, promovió una noche el elogio de nuestro amigo ilustre, aquí en reposo. ¡Qué palabra más autorizada que la suya comparando a Agustín Alvarez con los maestros de la cultura universal y singularmente con los prohombres ingleses, maestros en la historia, en la literatura y en la filosofía! Su gran figura mental adquiría contornos brillantes y se aquilataba, ocupando así, por el misterio de ambas grandezas, el sitial de honor que le corresponde entre los pocos hombres superiores argentinos.

Con razón, pues, se alzará en breve su estatua imperecedera al pie de los Andes majestuosos en tanto que todavía nuestra gran capital tarda en recordar su nombre querido.

No debemos olvidar, sin embargo, que fué aquí en Buenos Aires, donde el querido escritor sembró constantemente semillas de cultura en el periódico, en la cátedra, en la conferencia y en el libro. Que fué aquí donde ejercitó un verdadero apostolado de educador público, con esa su bella sinceridad de toda blancura, original como su estilo inimitable.

Los componentes del Centro "Agustín Alvarez", custodios perseverantes de la memoria del pensador, legan nuevamente hasta su tumba reverentes e invocan su nombre como numen de honradez y de patriotismo inmaculado".

si es nuestra raza melancólica como un ciprés, cuando no tétrica como un panteón. Que el arte no sea, entonces, una mortaja fúnebre, por Dios, sino un destello de noble ensueño; un claror de fe y de esperanza; un instrumento espiritualizador y emoblecedor de la cultura. Que nos enseñe a amar más la vida y a libar dentro de nuestro propio corazón el divino panal de nuestros grandes amores. Ansiosas de luz y no de tinieblas están hoy las almas.

¿No dijo Nietzche que el arte es la moralidad suprema, por que es la flor de la exuberancia de la vida?

Si así es en verdad, pues, soñadores de la belleza y gladiadores del pensamiento; venid todos con los brazos desnudos, arremangados para el trabajo, con toda la audacia de que sois capaces, en el espíritu y con la noble intrepidez de los héroes en el corazón: aquí teneis el granítico bloque del presente para que

Los Veinte Poemas de Oliverio Girondo

por Vicente Martínez Cuitiño

Conoce alguien a Oliverio Girondo? Es un acumulador de emociones exteriorizado en el más fúlgido resplandor de ojos humanos que sea dado imaginar. Ojos enormes, dilatados de tanto ver, que se incendian al más leve contacto con la realidad bajo una tormentosa dilapidación capilar. Es un poco aquel "caballero del ideal" que Roberto de las Carreras soñaba otrora para los mágicos imperios de su fantasía.

Nervioso, sumamente nervioso como todos los suyos — el ingeniero Eduardo, matemático de primera fila; Rafael, uno de los más interesantes eruditos de arte que yo haya oído; Alberto, inteligencia recogida en constante cultura de sí misma — Oliverio, presto siempre a la controversia científica, literaria o artística, se derrama, por exceso de vida interior, sobre cualquier tema, con la misma facilidad de un líquido que se extravasa. La relatividad de Einstein, en su triple aspecto, el colorismo de Angladá y su influencia, la filosofía de Erasmo, la lógica estadual de Lenin, la técnica literaria de Cocteau o Apollinaire serían, malgrado su diversidad y amplitud, tópicos naturales en sus labios diabólicos y pretextos comunes de su copiosa sensibilidad.

Viéndolo hablar — porque es menester verlo al propio tiempo que oirlo — se experimenta la impresión de un estallido similar, pero de todas las facultades humanas. Se mueve con dinamismo de vértigo, acciona con mímica desordenada, no obstante la contienda impuesta por los frenos de su buen gusto congénito y gesticula kafedoscópicamente diré, para usar su manera literaria.

Este torbellino andante que ha ensayado en vano desde su incomparable refugio parisino una voluntariosa penetración a los deleites del nirvana, embaló con su curiosidad asaltante por los más variados puntos del planeta.

Sediento de paisajes, nostálgico permanente de lo que vibra más allá del horizonte, caminó siempre llenando el troje emocional. Contempló ciudades, cielos, almas, corazones. Hurgó su biduría en raras bibliotecas y fortificó su haber en el estudio perseverante. Y luego de mucho vagar, de mucho escudriñar por museos solemnes y talleres antiacadémicos, animando unas veces dóciles arcillas, discurriendo otras el color sobre las telas ansiosas para disminuirse de inmediato con la mondia implacable de su autocrítica, luego de mucho burlar y burlarse, sin dar tregua al comentador que le es esencial, se ha encontrado a sí mismo en Argentinia, donde ha editado "Veinte poemas para ser leídos en un tranvía".

La simple presentación del libro, en papel Velin puro hilo Lafuma, con sus elásticos tipos de imprenta y sus ilustraciones coloreadas por el propio autor, que concretan aún más los motivos tratados por el poeta, es una obra de arte.

El poema comienza definiéndose, involuntariamente acaso, en el epígrafe con el cual amarra la saturación de sus composiciones. "Ningún prejuicio más ridículo que el prejuicio de lo Sublime" afirma, al iniciar el libro resume así su concepto estético, mientras prepara el ánimo del lector a librarle batalla, si todavía no ha sacudido como cualquier ropavejero del arte tales polvos en sus anaqueles espirituales.

Seguridad ideal y emoción ya habían despertado en este viajero fabuloso que, malgrado su vehemencia y apasionamiento, vendió su sensualismo con la frase de Balzac, persiguiendo el alto propósito de enriquecer sus dones de observación y dar descanso a su fantasía ardorosa harto trabajada ya por el excelente artífice.

Entonces el hombre se pulía sus poemas con devota dedicación y hosquejaba sus ilustraciones que son algo así como complementos mordaces de su musa en el suntuoso cuaderno de Argenteuil.

Vientos nuevos habían disipado en su espíritu la irremediable atmósfera de los prejuicios estéticos. Cánones decrépitos y telarañas románticas corrieron la misma suerte al contacto de las modernas teorizaciones o de los puntos de vista en que irrumpía el grupo aureolar de la *Nouvelle Revue*.

Técnico singular, dominador de emociones que recibía con exceso, era capaz de concretar una imagen y de someterla a la forma soñada y necesaria como quien martilla sobre la bigornia la resistente plancha metálica. Y hasta que el relieve no se dibujara con nitidez, y hasta que no se abriera toda una perspectiva profunda de sugestiones a su simple lectura el artista no cejaba.

Ello explica que el joven forjador acuñe expresiones concisas con las cuales revela una delicada emotividad hermanada con un intelectualismo vigilante.

MARTINEZ CUITIÑO

Es este uno de los principios básicos en que se apoyan los llamados "innovadores", quienes suelen olvidar con un poco de injusticia a sus progenitores lejanos o, en el mejor de los casos, a cuantos voluntaria o involuntariamente esclarecieron la senda por donde se desarrollara el proceso evolutivo de su formación. Empaentados con más de un gran poeta, quieran o no — acá asoma Baudelaire, allá atisba Laforgue, acullá destella Rimbaud — por momentos descubren sus ligaduras y los evocan sin pensarlo.

Pero no es el caso de establecer puntos de contacto ni de averiguar precedencias literarias, ya que para aquilatar méritos no es menester investigar la genealogía, lo que por otra parte, se presta a inútiles enredos.

Lo interesante es saber que con Oliverio Girondo ha aparecido un poeta; no sé si mejor de lo que él mismo sospecha o cree, pero sí superior a lo que "La Piña" esperaba de sus facultades.

La ironía, que ya Albert Aurier mezclaba a sus efusiones líricas, mucho antes de formular las cinco condiciones de la obra de arte, ofrece su nota constante a través de este artista, como una fuerza reguladora de su emoción, en virtud de la cual el poeta anima las cosas de la vida, humildes o significativas, y refleja los rasgos esenciales de los países o ciudades que recorriera.

Emoción y burla se yuxtaponen en las frases breves, libres de toda sentimentalidad, generalmente inesperadas y definitivas de los veinte poemas. Emoción límpida y burla legítima que amortigua la noble melancolía o alegera la solemnidad de las estampas. El predominio de uno de los caracteres apuntados depende la mayor o menor fuerza lírica de este autor, cuya potencialidad descriptiva merece señalarse como rasgo de sus características.

"El bandoneón canta con desperezos de gusano baboso, contradice el pelo rojo de la alfombra, imanta los pezones, los pulls y la punta de los zapatos. Muchos que se quiebran en un corset, la cabeza hundida entre dos hombros de la jetí inchada de palabras soeces"... revela en "Milonga" al narrador de rasgos precisos en la gestación del cuadro total.

En el "Croquis Sevillano" adviértese con mayor pureza si cabe la misma cualidad: "Pasan perros con caderas de bailarin. Chulos con los pantalones hastrados al betún. Jamones que el domingo se arrancarán las tripas en la plaza de toros". Y a continuación de esas pinceladas certeras, sintetizando todo el ensueño flotante de la ciudad escribe: "Los patios fabrican azahares y novizgos!" El anotador emocional ha logrado en esta frase magistral el alma misma de Sevilla, como había aislado esta otra no menos valiosa: "¡Ventanas con aliento y labios de mujer!" Pero el estremecimiento lírico de su alma vuelve a conmovernos en "Mirtos" que cierra el poema. La inteligencia siempre despierta impone límite a la expansión, la ironía graba a fuego lento el marco del magnífico cuadro que acrece así el mérito de su contenido: "Hay una capa prendida a una reja con crispaciones de murciélago. Un cura de Zurbarán, que vende a un anticuario una casulla robada en la sacristía. Unos ojos excesivos que sacan llagas al mirar".

La potencialidad descriptiva de Girondo autodidacta a cada instante, en cualesquiera de sus poemas. El dibujante aparece influenciado por las modernas escuelas de pintura no necesita el diseño inicial. Su paleta policroma es pródiga y vierte color a raudales con un gran sentido decorativo y sin excluir jamás su porción de moda intelectualista, que si unas veces depura la emoción, otras la ahoga sin remedio, para evitar acaso que se le conozca su enorme fondo de idealismo.

En "Pedestre" dice: "Pasa: una inglesa idéntica a un farol. Un tranvía que es un colegio con ruedas. Un perro fracasado, con ojos de prostituta que nos da vergüenza mirarla y dejarla pasar". Nota: "Los perros fracasados han perdido a su dueño para evitar la pata como una mandolina, el pellejo les ha quedado demasiado grande, tienen una voz afónica de alcoholista y son capaces de estirarse en el umbral para que los barran junto con la basura".

No sé por cuales motivos acoia a este pasaje alguna pagina perturbadora de Lautreamont.

lo esculpáis con vuestras manos. Si comprendéis realmente la grandeza de vuestra época; si llenáis vuestro corazón con los sentimientos y las ideas de vuestro siglo, la obra de arte vendrá sola, amigos míos, sola como viene el hijo.

Pero no olvidéis que, — como lo dijera el gran poeta que fué — "ni la tierra, ni la mujer, ni la inteligencia, se preñan durmiendo".

LA FILOSOFIA POLITICA DE INGENIEROS

por José González Llana

José Ingenieros, célebre escritor bonarense, ilustre y exquisito autor de libros tan leídos, ha sentido su espíritu atormentado e inquieto por el espectro de la pasada gran guerra mundial y sus ulteriores consecuencias, y fruto natural de estas cavilaciones es su libro que lleva por título "Los tiempos nuevos, Reflexiones optimistas sobre la guerra y la revolución".

No pertenece su autor al grupo de los pesimistas, de aquellos que juzgaron la gran conflagración mundial a raíz de la tragedia de Serajevo como una bancarrota de la civilización, progreso moral que habían vaticinado egregios escritores ante el temor de eclipsarse las conquistas alcanzadas por la revolución frincesa, sino a la legión de los optimistas, de los precursores del nuevo ideal que trajeron como secuela natural la post-guerra y la revolución rusa. Lejos de lamentar la agonía de un régimen social caduco, ha auscultado los balbuceos de un naciente mundo moral y ha sonreido con inmensa alegría, con plena satisfacción.

Considera la guerra de 1914 como una siniestra hecatombe provocada por el imperialismo, el régimen absoluto capitalista, ideal viejo, idolo falso, un poco galvanizado con los famosos *catorce puntos* que, a modo de bandera idealista, dió el presidente y profesor Wilson a los aliados. Mas el nuevo ideal, la naciente aurora, la Humanidad rejuvenecida, encarna en el proceso revolucionario del pueblo ruso, que puso término a la autocracia zarista y a la guerra con los imperios centrales, y culmina en el movimiento bolchevista.

¿Cuáles son los principios básicos de la presente revolución social al sentir de Ingenieros? Tres capitales:

1.° El perfeccionamiento histórico del sistema representativo federal consiste en sustituir los Parlamentos políticos por organismos administrativos en que estén directamente representadas las funciones sociales, desenvolviendo el principio del sistema sovietista de los Consejos.

2.° La educación debe ser integral, capacitando a los hombres para el trabajo útil a la sociedad, dando oportunidades para el desarrollo máximo a todas las aptitudes y preparando a los ciudadanos para la vida cívica.

3.° Los medios de produccion y de cambio deben ser socializados para suprimir las clases parasitarias, representando el proletariado las actividades económicas a organismos cooperativos técnicamente organizados en triple escala: local, nacional e internacional.

La llamada "República Federal de los Soviets" no es, en efecto, otra cosa que una primera experiencia del sistema representativo funcional. Nació el 10 de Julio de 1918 en la reunia en Moscú el V Congreso panruso de los Soviets y daba a los pueblos emancipados un Estatuto constitucional, que abre un nuevo camino en la Filosofía del Derecho; imprime caracteres nuevos al sistema republicano federal y pone directamente en manos del pueblo la soberanía del Estado; nacionaliza los feudos territoriales y las grandes fuentes de la producción; suprime la división de la sociedad en clases y convierte en productoras a las ociosas, y consagra en definitiva cuasi todas las reformas que desde hace medio siglo constituían la aspiración de radicales y socialistas.

Esta nueva orientación social tiene por principio básico el reemplazo de la representación individual en cual cuantitativa de los actuales parlamentos, por la representación técnica y cualitativa.

La revolución rusa — al sentir de Ingenieros — implicará una transformación profunda de las instituciones en todos los paises europeos y en los que viven en relación con ellos. Su resultado final será un bien para la Humanidad como el de la precedente revolución francesa, profundas de sus episodios serán, sin duda, desagradables en el momento de ocurrir. Con razón se ha dicho que las revoluciones se parecen en esto a ciertas medicinas, al aceite de castor, pongamos por vía de ejemplo: en el acto de tomarlo produce disgusto o náuseas, pero después obra bienes muy grandes sobre el organismo, depurándolo de sus residuos inútiles o nocivos.

Basta con leer a Tiers, Michelet, Taine, Jaurés y otros ilustres historiadores de la revolución francesa, para adquirir el convencimiento que bajo el antiguo régimen el poder de la monarquía absoluta alcanzó en Francia toda su grandeza, culminación y poderío, amulando todas las otras fuentes de autoridad e inhibiéndose políticamente aquellas fuerzas localistas, feudales y señoriales ya en la nación, cuyos parlamentos o cortes dejaron de convocarse desde 1614. La monarquía conceptuábase de derecho divino; "El Estado soy yo", dijo Luis XIV; el rey estaba libre de toda coparticipación directa o indirecta con el pueblo, y a nadie sobre la tierra tenía que rendir cuentas de sus actos. Su apología, el insigne Bossuet, el Águila de Meux, concebía al monarca como representante de Dios en la tierra, y gobernando en su nombre, justo le pareció que sólo a Dios tuviese que rendir cuenta de su gobierno. Consideraba todos los cambios que ocurren en el mundo como obra de la voluntad divina; la Historia llegó a parecerle constituida por golpes de Estado de la Providencia. Y siendo el deber esencial de los reyes servir la causa de Dios, deducía el autor de *Oraciones fúnebres* que ellos debían estar al servicio de la Iglesia, es decir, al de aquellos dioses en que él creía y de aquellas de las que ella enseñaba que habitaba, con exclusión de toda otra. Semejante balumba de privilegios — Nobleza, Clero, Corporaciones — vino abajo ante los Estados generales convocados por Luis XVI para evitar la bancarrota de la Hacienda, elaborándose el nuevo derecho constitucional que habían divulgado Grocio y Montesquieu, buscando sus fundamentos y raíces en la Naturaleza, en el nuevo culto la razón humana; y poco a poco fueron difundiendo las minorías ilustradas y cristalizando en los principios de soberanía popular incorporados a la realidad legislativa de la revolución norteamericana. La Asamblea constituyente francesa los consagró en la memorable *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*. Sus postulados teóricos propalados con mayor eficacia por Rousseau fueron la libertad y la igualdad política de todos los hombres, concebidas la una y la otra como bases imprescriptibles de la legitimidad de los gobiernos y de la validez de las leyes y de la educación pública.

Finalmente, para Ingenieros las revoluciones más estables son las que se hacen educando al pueblo. Para cambiar un régimen es necesario emanciparse de su ideología. Los ideales nuevos nunca han nacido de las enseñanzas rutinarias y no pueden ser alentados por ideales envejecidos.

(De la *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, Madrid, Junio de 1923).

MEMORIAS DE UN PRACTICANTE

por José C. Belbey

"Memorias de un practicante" es un libro de difícil clasificación, frío. El libro todo es el comentario del padecer que a diario se observa en nuestros hospitales. El autor disecta el dolor y parecería que una obsesión analizadora le obligara a razonar, a razonar siempre sobre el padecimiento psíquico o moral.

Es el razonar melancólico y tranquilo de un ser triste y desilusionado que le hace ver y sonreír la vida en torno al que sufre.

No es un libro triste, es la obra de una sensibilidad rica y de un cerebro analizador.

No es tampoco pesimista, es optimista, con todo el optimismo que la vida — dolor y placer, — puede proporcionar a los hombres.

Principiar a leer "Memorias de un practicante" es terminarlas sin dejar un momento el libro. La prosa fluida y sencilla, las imágenes retratadas con maestría y las ideas bellas y nobles hacen que se echen de menos la poca cantidad de sus páginas.

No son las alegres páginas de Juvenilia que nos dejara Ané. Es la Juvenilia del joven que está en contacto con el dolor. Es la Juvenilia que muestra al practicante, — alegre, bochinchero y burlista que todos conocen, — tal cual es.

"Fiesta Perdida"

por Jorge Nelke

El señor Jorge Nelke, autor de "Los propósitos de Severo", ha publicado una nueva novela, "Fiesta perdida", con la que ensaya con mejor éxito este género literario.

Mostrar en "Fiesta perdida" una fase de la vida de un joven, Rómulo Borda, el protagonista, ha egresado del seminario después de una tragedia que permanece ignorada para el autor. Quiere su padre tornarlo un hombre de los tiempos, y lo pone en condiciones de realizar el aprendizaje de la vida rural.

El sedimento ideológico y sentimental que en Rómulo ha dejado el seminario, aparece en toda circunstancia. El nuevo medio en que actúa pretende modificarlo y acaso el mismo lo pretende también. La parte psicológica de la novela es la más interesante, porque nos ofrece un agudo análisis introspectivo. Destácase en tal sentido el capítulo XVII — «Revolución» XVIII capítulo — donde otro seminarista, ex condiscípulo de Rómulo, muestra la lucha interior que tortura su espíritu.

Los compañeros de Rómulo, que trabajan un poco y se divierten mucho, advertidos del estado espiritual de éste, quien por falta de orientación en la vida llega a pensar en la idea del suicidio, preparan una fiesta destinada a hacer nuevo derrotero a aquel espíritu atribulado para Rómulo, la luz de asistir a la fiesta, que, según sus compañeros, había de modificar el estado de su alma, la abre para él y a golpes de puño rompe las puertas adustas del seminario de Luján. ¡Y en verdad que una fiesta mundana no era como para influir tan profundamente en el protagonista! Otra cosa debió haber sido la fuerza con que se hubiera intentado atraer a la vida al joven Rómulo, espíritu tan superior al de sus amigos, que parecían vivir como de su existencia con una hora de jolgorio...

De esta encrucijada salió el título de la novela: "Los amigos de Rómulo han hecho fiesta inútil, una fiesta perdida".

El señor Nelke, cuando haya adquirido mayor dominio del idioma y más experiencia en la realización de la novela, escribirá obras muy estimables, pues posee condiciones para ello.

"OBRAS COMPLETAS"

de Rubén Darío

Ordenados y prologados por Alberto Ghiraldo, el poeta argentino, y Andrés Gonzalez Blanco, el crítico español, han aparecido dos volúmenes, uno extraordinario y el otro primero de la serie, que encabezan la recopilación de la obra total del insigne poeta americano.

El que hace las veces de proemial, se titula "Baladas y canciones", no incluidas en los libros de Rubén hasta ahora conocidos, aun siendo algunas de fatas de fechas contemporáneas a la publicación de sus colecciones. ¿Rechazadas por el autor? ¿Olvidadas acaso? Ambas cosas pueden ser ciertas; pues hay en el recientísimo volumen poesías que merecen el repudio del gusto más benévolo, como también otras, dignas de la recopilación, de no haber caído en páginas perdidas o en manos avarientas.

ALBERTO GHIRALDO

Salen hoy a la luz, sin ningún prejuicio literario, por la misma razón que Hetzel, verbigracia, recogió los manuscritos originales de Víctor Hugo, "aunque solo sea como motivo de estudio para críticos y literatos. Así los escritores irán viendo la evolución lenta y progresiva que se va operando en el poeta, siempre dueño de su inspiración y de su léxico, pero enriqueciéndose cada día con la cultura adquirida, con los poetas que iba conociendo, con sus lecturas, tal vez no unificadas y sistematizadas, pero sí abundantes, y con las nuevas formas de arte que iban apareciendo en su ambiente": (González Blanco), criterio, sin duda, el más distanciado del otro, según el cual, aun de los autores eminentes sólo debieran recitarse las páginas selectas, las únicas por las que la inmortalidad los cobija.

Los albaceas del tesoro artístico de Rubén han preferido el criterio amplio e histórico, que no se detiene a juzgar sino a facilitar cuantos elementos existen para el total estudio del genio. Y, si es cierto que ninguno de esos "Poemas de adolescencia" aporta un mejor conocimiento de la musa rubendariana, también lo es que invitan a un importante análisis entre la iniciación juvenil del poeta y su espléndoroso madurez, pasando por algunos años de titubeos e incertidumbres como se descubre en las primeras páginas del tomo de "Baladas y canciones" donde asoman temas que más tarde han de culminar en estrofas definitivas.

Antes de ahora, Ventura García Calderón había intentado examen parecido en la "Revue Hispanique" allá por el año 1917 en un ensayo que titulara "Los primeros versos de Rubén Darío", escritos cuando en la ciudad de Managua era empleado de la Biblioteca Nacional y leía con sana dedicación a fray Luis y a Argensola. "Este insurgente — dice el crítico — quiso conocer las reglas para violarlas. Por algo vino de países revolucionarios y aprendió de Martí a vivaquear con su lira al aire libre. Me figuro que, a no haber emancipado la lírica de España, hubiera acabado en la piel de un montonero".

Hoy se nos pueden ofrecer de Darío más "juveniles" versos: no los del joven poeta americano, sino los del niño-poeta nicaragüense, que a los doce años ya hacía hablar a las gentes de la calle y de los salones, con sus "Soliloquios del laúd" que coleccionaran sus cuadernos, preocupado por la idea del libro futuro. Véase el facsimil de la portada que el propio Rubén trazó para su primer volumen, con la fecha de julio 10 de 1881, es decir, a los catorce años de edad.

Es, pues, desde cierto punto de vista, curioso e interesante el tomo denominado "Poemas de adolescencia" prologado por Alberto Ghiraldo, quien no pierde la ocasión de advertir el impetu revolucionario de Darío, desde sus balbuceos literarios, como quien se extasiaba leyendo las estallantes estrofas de Lasronceda. He aquí una prueba más de la invulnerable espíritu, manteniida desde sus primeros años en firme acción de combate: combate contra ideas, combate contra normas; y a ese ideal de reforma consagró integramente su fe y su vida.

"Casa de Oración"

por González Carbalho

El señor González Carbalho ha publicado un volumen de poesías titulado "Casa de oración", título que recibe de una de las composiciones del volumen, en las que se condensan los sentimientos del poeta; pero que como composición poética no es de las que sobresalen en el libro, que contiene numerosas poesías de mayor valor, tanto en la forma como en el fondo.

Con un verso de Heine por epígrafe, se abre el capítulo de los "Versos de mi hogar", llenos de recuerdos y de tristezas. La tristeza es la nota dominante de la poesía del señor González Carbalho, cuyos versos se caracterizan también por una gran bondad y una dulce filosofía de la vida.

A los "Versos de mi hogar", siguen "Versos de amor", "Canciones de la soledad" y "Canciones y elegías". Todas las poesías del libro están impregnadas de aquellos sentimientos, pero a pesar de ello no son monótonas, pues los motivos como los matices, ofrecen gran variedad.

LOS SENDEROS DE ITALIA

por José P. Otero

El señor Otero vive desde hace algún tiempo en Europa; pero no vive, como muchos otros, sin hacer nada; menos, el fruto de su laboriosidad intelectual, aplicada al agradable entretenimiento de los viajes, es este libro, que alumbra más allá de precedido por el primer volumen de una Historia Argentina que el autor tiene en curso de publicación, como otros de Italia y Ver Pérez, pues, ha viajado por Italia, país que ha recorrido del uno al otro extremo, en todas direcciones. Los libros de viajes han sido perdiendo en interés a medida que el viajar ha ido ejardado de ser privilegio de escasos núcleos de personas; ahora es mucho, entre nosotros, la gente que viaja, pero muy pocos su propio país; pero, por suerte, son pocos los que dan a la estampa sus impresiones de viaje. Gente ociosa, se contentan con el comentario familiar, que no exige sino buena voluntad de parte de los oyentes. El autor de este libro, que es literato, no podía satisfacerse; y se comprende, con ese comentario, y ha escrito este libro, en el cual el lector curioso encontrará abundantes detalles interesantes, que, si no de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordinario nada de particular, sí de ordin